

Curó a muchos enfermos de diversos males

La enfermedad y el sufrimiento se han contado siempre entre los problemas más graves que aquejan la vida humana. **En la enfermedad, el hombre experimenta su impotencia, sus límites y su finitud.**

Aunque forma parte de la experiencia humana, nunca nos habituamos a ella, no sólo por sus dolencias, sino también porque **hemos sido creados para la vida** y vida en abundancia.

La Palabra de Dios que proclamamos hoy nos presenta a **Jesucristo curando enfermos** y expulsando demonios. No curó a todos los enfermos. **Sus curaciones eran signos** de la venida del Reino de Dios. **Anunciaban una sanación más radical: la victoria sobre el pecado y la muerte por su Pascua.** En la Cruz, Cristo tomó sobre sí todo el peso del mal y quitó el "pecado del mundo", del que la enfermedad no es sino una consecuencia.

Por su pasión y su muerte en la Cruz, Cristo dio un sentido nuevo al sufrimiento: desde entonces éste nos configura con Él y nos une a su pasión redentora (cf. *Catecismo* 1500s).

La experiencia de la enfermedad es una dura prueba que nos puede llevar a la desesperación, como a Job, o puede ser también un camino que nos lleve a la santidad.

La clave está en dejar entrar al Señor en medio de tus sufrimientos, de tus dolencias. Nos lo dice el Aleluya de hoy: ***Cristo tomó nuestras dolencias***

y cargó con nuestras enfermedades.

Nos lo ha dicho también el Salmo: ***El Señor reconstruye Jerusalén... Él sana los corazones destrozados, venda sus heridas... Nuestro Señor es grande y poderoso, su sabiduría no tiene medida... El Señor sostiene a los humildes.***

Dice el Papa Francisco en la encíclica *Lumen fidei* que ***en la hora de la prueba, la fe nos ilumina... El cristiano sabe que siempre habrá sufrimiento, pero que le puede dar sentido, puede convertirlo en acto de amor, de entrega confiada en las manos de Dios, que no nos abandona y, de este modo, puede constituir una etapa de crecimiento en la fe y en el amor.***

La luz de la fe no disipa todas nuestras tinieblas, sino que, como una lámpara, guía nuestros pasos en la noche, y esto basta para caminar. Al hombre que sufre, Dios no le da un razonamiento que explique todo, sino que le responde con una presencia que le acompaña.

La presencia del dulce huésped del alma, del Espíritu consolador.

Cristo es el que viene a sanar y a vencer el mal. Sus milagros son signos de la llegada de la salvación. Son *signos*, no se quedan en sí mismos, sino que guían hacia el mensaje de Cristo, hacia Dios y nos hacen ver que ***la verdadera y más profunda enfermedad del hombre es la ausencia de Dios, fuente de la verdad, el amor y la vida.***

Y sólo la reconciliación con Dios puede darnos la verdadera curación, la verdadera vida, porque una vida sin amor y sin verdad no sería vida. El reino de Dios es precisamente la presencia de la verdad y del amor; y así es curación en la profundidad de nuestro ser. Por eso **su predicación y las curaciones que realiza siempre están unidas.** En efecto, forman un único mensaje de esperanza y de salvación (Benedicto XVI).

Lo que cura al hombre no es esquivar el sufrimiento y huir ante el dolor, sino la capacidad de aceptar la tribulación, madurar en ella y encontrar en ella un sentido mediante la unión con Cristo, que ha sufrido con amor infinito (Spe Salvi 37).

Cristo es el único capaz de sanarnos de todas nuestras dolencias. Cristo vino al mundo a curar, liberar y salvar a los hombres. **Cristo sigue presente entre nosotros haciendo el**

bien, curando dolencias, secando lágrimas, dando esperanza a un mundo que llora su desesperación.

El que quiera ser sanado de sus dolencias ha de ponerse en manos de Jesús, dejarse llenar por su luz y por su Palabra, recibir la fuerza de su gracia, acoger el don del Espíritu Santo.

Desde esta perspectiva, podemos comprender por qué **la predicación del Evangelio es un deber** para san Pablo.

¡Ánimo! **¡Ábrele tu corazón al Señor! ¡Entrégale tus dolencias,** tus sufrimientos, tus impotencias, tus fracasos, tu historia, tus debilidades, tus pecados, tus complejos, tus heridas! **¡Entrégale todo** aquello con lo que tú no puedes!

¡No tengas miedo! ¡Dáselo al Señor! ¡Para eso ha venido! ¡Nadie te ama como Él! Y confía, descansa, ¡invoca al Espíritu Santo! ¡Que haga fecunda y gloriosa tu cruz!

Para ayudarte a rezar

Plantéate cuáles son tus dolencias. Pídele a Dios por ellas. Ponte en sus manos para que Él te cure. Plantéate si estás siendo *luz, sal y levadura* de este mundo.

La Palabra del Señor, luz para cada día

1ª lectura: Job 7, 1–4, 6–7. **Me harto de dar vueltas hasta el alba.**

Job nos habla desde su tremenda experiencia del dolor. Se siente angustiado por la fatiga y la desesperación. El fin de todo es la muerte. **El remedio único es la fe en Dios,** a quien Job se dirige confiado. **Las tinieblas de Job se convierte en luz por Jesucristo,** nuestro Señor, nuevo tipo del creyente que sufre con la esperanza de la resurrección.

Salmo 146, 1–6. **Alabad al Señor, que sana los corazones quebrantados.**

El autor del salmo ha experimentado las duras pruebas que se cernieron sobre Israel: destrucciones, deportaciones, hambre, guerras... Pero también ha experimentado la salvación de Dios: ha reconstruido Jerusalén, ha reunido a los deportados. Por ello, **el salmo nos invita a cantar la esperanza en el Señor, que sana los corazones desgarrados.**

2ª lectura: 1 Corintios 9, 16–19, 22–23. **¡Ay de mí, si no anuncio el Evangelio!**

Para san Pablo **la predicación del Evangelio es un deber impuesto por**

la elección de Dios, y se hace débil con los débiles y todo para todos, a fin de ganarlos para Cristo. En esta fiel entrega a la misión apostólica, la única recompensa ambicionada por Pablo es la de predicar sin recompensa. No espera ninguna recompensa humana.

Puedes leer *Hechos 4, 18-22* y *Hechos 22, 14-21*.

Evangelio: Marcos 1, 29–39. *Curó a muchos enfermos de diversos males.*

Jesús actúa librando y curando. El poder de Jesús se manifiesta en público y en privado, en lugares religiosos y profanos: alcanza a todo el hombre y allí donde esté. **Anunciar el evangelio consistirá, hoy como siempre, en mostrar cómo Dios actúa** en todos los sectores de la vida humana y cómo libera al hombre de todo mal. Jesús cura a los enfermos como signo mesiánico: acreditan que él es el Salvador y manifiestan su gloria.

<p>Lunes 5 Santa ÁGUEDA</p>	<p>1 Re 8, 1-7.9-13 Llevaron el Arca de la Alianza al Santísimo. Sal 131, 6-10 Levántate, Señor, ven a tu mansión Mc 6, 53-56 Los que lo tocaban se ponían sanos Reza por los enfermos. Visítalos.</p>
<p>Martes 6 San PABLO MIKI</p>	<p>1 Re 8, 22-23.27-30 Escucha la súplica de tu pueblo Israel. Sal 83, 3-11 Qué deseables son tus moradas, Señor de los Ejércitos. Mc 7, 1-13 Dejáis a un lado el mandamiento de Dios para aferraros a la tradición de los hombres. Haz una obra de caridad.</p>
<p>Miércoles 7</p>	<p>1 Re 10, 1-10 La reina vio la sabiduría de Salomón. Sal 36, 5-6.30-31.39-40 La boca del justo expone la sabiduría. Mc 7, 14-23 Lo que sale de dentro es lo que hace impuro al hombre. Revisa qué es lo que hay dentro de tu corazón</p>
<p>Jueves 8 Santa JOSEFINA BAKHITA</p>	<p>1 Re 11, 4-13 Por haber sido infiel al pacto, te voy a arrancar el reino de las manos; pero dejaré a tu hijo una tribu en consideración a David. Sal 105, 3-4.35-40 Acuérdate de mí, Señor, por amor a tu pueblo. Mc 7, 24-30 Los perros comen las migajas que tiran los niños. Reza por los que no creen</p>
<p>Viernes 9</p>	<p>1 Re 11, 29-32; 12, 19 Israel se rebeló contra la casa de David. Sal 80 Yo soy el Señor, Dios tuyo: escucha mi voz. Mc 7, 31-37 Hace oír a los sordos y hablar a los mudos. Reza por la <i>nueva Evangelización</i></p>
<p>Sábado 10 Santa ESCO- LÁSTICA</p>	<p>1 Re 12, 26-32; 13, 33-34 Jeroboán hizo dos becerros de oro. Sal 105, 6-7.19-22 Acuérdate de mí, Señor, por amor a tu pueblo. Mc 8, 1-10 La gente comió hasta quedar satisfecha. Reza por los que no participan en la Eucaristía</p>
<p>Domingo 11 6º del TIEMPO ORDINARIO</p>	<p>Lv 13, 1-2.44-46 El leproso tendrá su morada fuera del campamento. Sal 31, 1-2.5.11 Tú eres mi refugio; me rodeas de cantos de liberación. 1 Cor 10, 31-11,1 Seguid mi ejemplo como yo sigo el de Cristo. Mc 1, 40-45 Le desapareció la lepra y quedó limpio. Reza por tu <i>familia</i> y por la <i>parroquia</i></p>

Testigos del Señor: Beato Luis Stepinac

Nació en Croacia, en 1898, en una familia profundamente cristiana. En 1917, es movilizado en el ejército austro-húngaro. De regreso a su país en 1919 padece una crisis interna. Hastiado por la inmoralidad que había frecuentado en su etapa militar, emprende estudios de agricultura, pero los abandona. Tampoco tiene éxito un proyecto de matrimonio. En 1924, un sacerdote que le conoce bien publica un artículo sobre San Clemente María Hofbauer, enviándoselo junto a una extensa carta. Afectado por su ejemplo, decide consagrar su vida a Dios, ingresando en el seminario.

Se doctora en filosofía y en teología, en la Universidad Gregoriana de Roma. Ordenado sacerdote en 1930. De regreso a Croacia, su país se le presenta destruido y explotado por Serbia. Aunque quiere ser párroco rural, el arzobispo de Zagreb le encarga de la liturgia, y luego como notario de la curia del arzobispado.

En 1934, el arzobispo Bauer, gravemente enfermo solicita de la Santa Sede un coadjutor, proponiendo a Alois Stepinac, quien es nombrado coadjutor. En 1937 fallece Monseñor Bauer, sucediéndole Mons. Stepinac como arzobispo de Zagreb. El nuevo prelado recomienda a sus sacerdotes que consagren lo mejor de sí mismos a su vida interior. Funda un periódico católico con el fin de luchar contra la prensa antirreligiosa. El arzobispo estima profundamente la vida religiosa y considera que su desarrollo resulta indispensable. Los monasterios deben convertirse en «fortalezas de Cristo», y deben proteger a la diócesis con las armas espirituales de la oración, de la renuncia y del sacrificio.

En 1941, después de la invasión de Yugoslavia por parte del ejército alemán, los nacionalistas croatas proclaman un Estado independiente en Zagreb. Junto a hechos positivos (plena libertad para la Iglesia Católica, protección de las buenas costumbres, etc.), el nuevo régimen queda deshonrado a causa de discriminaciones con-

tra los ciudadanos de religión ortodoxa, los judíos y los gitanos. Mons. Stepinac mantiene sus reservas. Se convierte en el portavoz de los oprimidos y perseguidos, denuncia los abusos de los ustachis y condena el racismo, así como las persecuciones contra las minorías judía y serbia.

A lo largo de toda la guerra prodiga su caridad a los desdichados, dando de alimentos a los refugiados, cuidando personalmente de los huérfanos cuyos padres están encarcelados o han huido, y salva del hambre y de la muerte a 6.700 niños, la mayor parte de padres ortodoxos. Con ocasión de la retirada de las tropas alemanas, el arzobispo consigue evitar la destrucción total de Zagreb, pero ve con dolor cómo los partisanos de Tito toman el poder, emprenden una sangrienta depuración e instauran leyes antirreligiosas.

A partir de 1945, el arzobispo comienza a sufrir la persecución religiosa en su persona. El 18 de septiembre de 1946, es detenido y el 30 de septiembre, comienza un proceso. El 11 de octubre escucha la injusta sentencia que se pronuncia contra él, que le condena a prisión y a trabajos forzados durante dieciséis años «por crímenes contra el pueblo y el Estado». Durante su encarcelamiento en Lepoglava comparte la miserable suerte de cientos de miles de prisioneros políticos.

El 5 de diciembre de 1951, cediendo a las presiones internacionales, el gobierno yugoslavo lo traslada a Krasic, su ciudad natal, bajo libertad vigilada. Allí ejerce funciones de vicario, pasando buena parte del tiempo en la iglesia parroquial, donde confiesa durante horas enteras y, cuando le instan a que economice sus ya débiles fuerzas, responde que confesar es uno de sus mayores descansos.

En 1953, Pío XII eleva a Monseñor Stepinac a la dignidad cardenalicia. El 10 de febrero de 1960, expira en Krasic. Fue beatificado por Juan Pablo II el 3 de octubre de 1998.